

cedan sean mejores y más felices que nosotros. Todo hombre, por desgraciado y pobre que sea, puede contribuir al progreso en cierta medida. El que planta un árbol contribuye, y lo mismo hace el que después lo corta y lo divide en tablas; el que junta las tablas para hacer un banco, contribuye también á la obra, y el que se sienta en el banco, coloca un niño sobre sus rodillas y le enseña á leer, aporta mayores beneficios que los demás. Los tres primeros han añadido alguna cosa al capital común de la humanidad; el último ha añadido algo á la humanidad misma. Ha iluminado á un hombre, es decir, le ha dado capacidad para ser mejor.

Cualquiera que no se deje cegar por sus comodidades personales ó por los humos turbulentos del espíritu de partido, reconocerá que nuestro siglo es el más grande de todos. Es preciso ser muy ignorante ó estar muy ofuscado para echar hoy de menos tal ó cual época pasada.

¿Quiere esto decir que nuestros hombres de Estado sean más virtuosos que Arístides, nuestros generales más invencibles que César, nuestros escultores más admirables que Fidias, y nuestros pintores más divinos que Rafael? No por cierto. Y hasta debo confesar que desde el punto en que me coloco se ven pocos grandes hombres que levanten la cabeza por encima del nivel común. Pero lo que se ha elevado prodigiosamente es el nivel mismo. El siglo de Pericles visto de lejos no representa más que un pequeño estado mayor de gentes de talento ó de genio agrupados al redor de la Acrópolis de Atenas.

El siglo de Augusto con todas sus grandezas y sus glorias cabría por completo en una de las salas del Palatino. Juntaríais fácilmente todo el siglo de Leon X en la capilla Sixtina, y Versalles sería muy grande para contener el siglo de Luis XIV ó su córte, que es lo mismo.

Pero la comunidad de los mártires, el grueso del ejército, los millones de hombres que habitaban la superficie de la tierra ¿cómo vivían en los tiempos de Luis XIV, de Leon X, de César y de Pericles? ¿Cuál era el término medio de la duración de su existencia? ¿A qué precio y con que esfuerzos ganaban el pan de cada día? ¿Consumía cada uno de ellos durante el año los tres hectólitros de trigo que son estrictamente necesarios para el alimento? De las veinticuatro horas del día ¿cuántas les quedaban libres para pensar, para aprender, para razonar, para amar, para desenvolverse en sí mismos el ser moral? ¿A qué peligros se hallaban expuestos? ¿De cuántos malhechores tenían que huir? Estas son cuestiones dignas de ser estudiadas. Antes un puñado de personajes eminentes bastaba para señalar una gran época; hoy la historia empieza á pedir algo más.

A sus ojos, la época mas grande no es aquella en que algunos individuos han hecho resaltar mejor la miseria y la ignorancia de los demás, sino aquella en que la humanidad en masa hizo sus mas largas etapas en el camino del progreso.

T. C.

(*Se concluirá.*)

LAS MANOS HABLAN

I

TE acuerdas? Junto á mi estabas,
y de esperanza y de miedo
me temblaba el corazón,
cobarde en aquel momento.

Tu rostro estaba encendido,
latía veloz tu seno:
yo me miraba en tus ojos
y respiraba tu aliento.

—¿Me quieres? dije á tu oído,
tu linda mano cogiendo,
y tu mano, húmeda, ardiente,
contestó al punto:—*Te quiero.*

II

Después de un año de ausencia,
año en que viví muriendo,
te ví al fin, y el regocijo
me rebosaba del pecho.

Pensativa, indiferente
mis ojos allí te vieron,
y al verte de tal manera,
el dolor ahogó mi pecho.

—¡Ya no me quieres! te dije,
tu linda mano cogiendo,
y tu mano seca, fría
contestó cruel: *Es cierto.*

ENRIQUE FERNANDEZ ITURRALDE.

EL ALMA

Es cierto qué existe algo superior á la materia, algo impalpable, indivisible, inmortal, inteligente, libre y responsable? Una voz secreta me dice que sí en el fondo de mi corazón. Me parece sentir ese *algo* temblar en mis labios, brillar en mis miradas, agitarse en mis movimientos. ¡Ah! cuando estrecho la mano á algun ser querido que va á partir para siempre ó para muchos años ¿no hay más que la fuerza orgánica en aquella melancolía y en aquel dolor? ¿no hay más que pobres secreciones del saco lacrimal en aquellas lágrimas que bañan mi rostro y que arden todavía al caer en mi mano?